

www.elboomeran.com

JOHN HAWKES

TRAVESTI

Traducción: Jon Bilbao

meettok

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública ó transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar ó escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com. 91 702 1970/93 2720447).

Título original: *Travesty*

© John Hawkes 1976

Edición original: New Directions

© Edición española: meettok

© Traducción: Jon Bilbao

2012

Publicado con ayuda de Eusko Jaurlaritza-Gobierno Vasco

Diseño: Natali Canas + Lucas Echeveste

Fotocomposición: Imanol Tapia

Impresión: Michelena, 20115 Astigarraga, Gipuzkoa

ISBN: 978-84-937619-8-1

Depósito Legal: SS. 826-2012

meettok

c/Tejería 16, 20012 Donostia-San Sebastián

www.meettok.com

Para tres Sophies

Estoy convencido de que una musa es necesariamente una mujer muerta, inaccesible o ausente; de que la estructura poética –al igual que un cañón, que es tan solo un agujero rodeado de acero– puede basarse únicamente en aquello de lo que uno carece; y que en último término sólo se escribe para llenar ese vacío o al menos para situar, en relación con la parte más lúcida de nosotros mismos, el lugar donde el abismo inconmensurable se abre en nuestro interior.

Michel Leiris
Humanidad

Presta atención, alguien a quien yo conocía clasificaba a los seres humanos en tres categorías: los que prefieren no tener nada que ocultar a verse obligados a mentir, los que prefieren mentir a no tener nada que ocultar, y finalmente a los que les complace tanto la mentira como la ocultación. Te dejaré que decidas a qué grupo pertenezco.

Albert Camus
La caída

No, no, Henri. Las manos fuera del volante. Por favor. Ya es demasiado tarde. Después de todo, seguramente comprenderás que, a ciento cuarenta y nueve kilómetros por hora, en una carretera rural y en el momento más oscuro de la noche, el menor intento de hacerte con el control del volante nos incorporaría a las aburridas estadísticas de accidentes de tráfico incluso más rápido de lo que tengo planeado. Y aunque no lo creas, seguimos acelerando.

En cuanto a ti, Chantal, ándate con cuidado. Tienes que obedecer a tu padre. Debes sentarte bien derecha y abrocharte el cinturón de seguridad y dejar de llorar. Y Chantal, ya basta de golpear al conductor en los hombros y de tirarle del brazo. Haz como Henri, mi pobre Chantal, y contrólate.

¡Mira lo rápido que vamos! ¡Lo cerradas y numerosas que son las curvas! ¡Su deleitosa geometría!

Al menos estás en manos de un conductor experto.

Ya te vas relajando, *cher ami*. Has decidido contener tus temblores, guardar silencio un momento y fumar

uno de tus deliciosos cigarrillos. Tras haber desperdiciado ese tiempo precioso, una vez recuperada la compostura, intentarás disuadirme, emplearás el diálogo para devolverme a la cordura (tal como tú mismo lo expresarías), apelarás a mi amabilidad y mi sentido común. Lo apruebo. Te escucho. Es tu oportunidad. Por supuesto que puedes usar el encendedor del coche. Pero hazlo despacio y ten presente la advertencia de antes. Que no te engañen mis buenos modales. No podría hablar más en serio.

Y tú, Chantal, deja de llorar. No volveré a decírtelo. ¿No sabes que padre te quiere? No muchas chicas tienen la oportunidad de pasar sus últimos minutos de vida en compañía de su amante y de su padre. La noche oscura, el coche que acelera, nosotros tres, un atisbo de nieve temprana acumulada entre las raíces de un árbol al borde de la carretera... Es una forma agradable y cómoda de terminar, Chantal. No estés asustada.

Y pensar que solíamos llamarla «la mocosa porno». Sí, nuestra Chantal. En cuanto fue capaz de caminar empezó a entrometerse en la vida erótica de sus padres. O quizá debería decir la vida ilusoria de sus padres. En cualquier caso, fue Honorine quien empezó a llamar a nuestra niñita «la mocosa porno». Aunque siempre lo decía con una sonrisa. Siempre con esa

cándida sonrisa tan adecuada al rostro ovalado y sensual de la mujer que es tu amante, mi esposa, y la madre todavía joven y entregada de Chantal. Y no debemos olvidar a aquel compañero de clase de Chantal, aquel niño gracioso que le regaló una de esas tablas como las que se usan para graduar la visión, con hileras de letras cada vez más pequeñas, en la que decía: DEMASIADO SEXO TE VUELVE CORTO DE VISTA.

¿Sabes que yo nunca he usado gafas, que puedo conducir los coches más rápidos sin necesidad de ninguna ayuda para mis ojos?

Chantal y Honorine, vaya dos nombres. Y pensar que en este preciso instante una de ellas se encuentra justo detrás de nosotros, pálida y con la cara bañada en lágrimas, al borde de la histeria, dudando si ponerse o no a rezar, mientras que la otra duerme en el *chateau* al que nos aproximamos. Tienes que ser valiente, Chantal. No habrá ningún consuelo para Honorine cuando reciba la noticia.

¿Asesinato, Henri? Ése es precisamente el problema con vosotros, los poetas. Cuando habláis, vuestro pesimismo os lleva a imitar el estilo que empleáis al escribir, recitáis como un actor hace con su papel, os consideráis eximidos de las normas de comportamiento que nos constriñen a los demás, seres menos privilegiados,

normas que limitan lo que podemos hacer con nuestros pies, manos, entrañas, bocas. Pero en una situación límite aulláis como lobos y apeláis a la moral. Al actuar así me revelas que sólo eres el más banal y predecible de los poetas. No un libertino, no un hombre con amplitud de miras y que no teme el sufrimiento, sino un insustancial moralista. Piensa en las connotaciones de «asesinato», esa palabra tan horrible, la pérdida del control de las emociones, el odio, el rencor, el egoísmo, los cristales rotos, la sangre, los gritos ahogados, la ceguera temblorosa que concluye en el acto irrevocable, los esfuerzos impotentes por detenerlo. El asesinato es el más limitado de los gestos.

Por el contrario, qué diferente es esta situación. Mírate, paralizado, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos, hundido en tu asiento, bañado por la luz del salpicadero; aquí sólo hay lucidez, nada de moralidad. Ni siquiera ética. Chantal, tú y yo estamos embarcados en el acto, puro y extremo, de recorrer esta carretera; aunque el mundo parece empeñado en entorpecer nuestro propósito mediante bosques de confusas señales de circulación, desvíos y badenes. ¿Qué importa que la elección haya sido mía y no tuya? ¿Que yo sea el conductor y tú el pasajero? ¿No te das cuenta de que tu moralidad no se diferencia de los gimoteos de Chantal, de que lo que hacemos tiene que ver con la elección personal y no con el caos?

Yo no soy poeta. Y tampoco soy un asesino. ¿Chantal te ha hablado de la vez en que se ganó el título de «Reina de las Zanahorias»? ¿No? A lo mejor

es que tu intimidad sexual con mi hija te ha vuelto corto de vista.

No me burlo de ti. Soy el hombre más amable que vas a conocer en lo que te queda de vida.

¿Has dicho que frene? El discurrir de los hechos no puede controlarse tan fácilmente. No discutimos con la estrella, con el cometa, con la locomotora invisible que atraviesa la fría noche, con el conductor del autobús vacío. No soy ningún niño. Confío en que no te rebajes a un comportamiento tan obvio, con un pathos tan poco sofisticado. Nuestra velocidad es la máxima posible, lo que supone tan sólo uno de los máximos que se hallan en juego: mi destreza como conductor, lo desierta que se encuentra la carretera, la hora de la noche, la capacidad del motor, la inmensidad de la naturaleza que se extiende a nuestro alrededor. Como los escolares que estudian el sistema solar (no pretendo ser condescendiente ni simple), tú y yo sabemos que los elementos que componen nuestras vidas interactúan entre sí, despliegan todo un sistema de fuerzas de atracción y repulsión para alcanzar esa formación equilibrada y sublime que es la única posible. Yo he logrado ese equilibrio con el coche y la carretera; la amarillenta luz de los faros mana en realidad de mis ojos; mis pensamientos se limitan a mi conocimiento de esta carretera repleta

de curvas, al igual que un puño se ve ceñido por el guantelete de una armadura.

No sabes cuántas veces he hecho este trayecto, yo solo y a toda la velocidad de la que era capaz. Ignoras las innumerables tardes dedicadas al coche: un mecánico tumbado bajo el vehículo, un banco de herramientas cromadas, un silencio que olía a aceite y combustible, y yo mismo, como un paciente espectador, en un rincón de aquel lugar que recordaba a un hangar vacío. Nuestra actual velocidad nace de aquellos momentos. ¿Puedes creerlo?

Entre los ajustes realizados por el técnico vestido de blanco tendido en el suelo de hormigón de su enorme taller y la cálida pero firme presión ejercida por mis manos sobre la negra piel del volante, entre aquellos momentos y éste, no hay nada. Nada en absoluto separa las minuciosas mejoras practicadas bajo el coche y la mente que ahora gobierna la conducción.

La última vez que llevé el coche al garaje estreché la mano al mecánico. El coche relucía como si acabara de salir de la cadena de montaje. Viajamos en una máquina con forma de bala y tan precisa como un reloj; es como si estuviéramos sentados entre muelles tenso y brillantes ruedecillas dentadas. Y disponemos de un depósito lleno de combustible, y de neumáticos que apenas tienen un mes.

No me pidas que frene. Es imposible.